

**Vela en esta entierro
Roger Wolfe, 2006**

***Presentación en microrelatos.com número 15
(Especial 06, enero 2007)***

Roger Wolfe es, probablemente, el principal poeta en España de lo que algunos llaman realismo sucio y otros neorrealismo. Aunque no se ha prodigado en la creación de microrrelatos, ha publicado recientemente esta colección de poemas en prosa.

Su obra está marcada por anteponer el mundo, las vivencias, sufrimientos o placeres, sobre el universo lírico. Esto ha vestido su estilo poético con recursos prosaicos, como la narratividad, el coloquialismo y el humor, es decir, los elementos antipoéticos. En su constante búsqueda, ha alcanzado, en esta ocasión, la poesía en prosa, que viene al pelo a esta página de microrrelatos.

Este número es, de alguna manera, un viaje a las fronteras del género. Textos que, concebidos como poemas, cumplen los requisitos necesarios para ser considerados microrrelatos. El primero, satisfecho con creces, es que el lector desee volver a leerlos.

Vela en este entierro

1

Leyendo a John Berryman en un avión a Barcelona. No entiendo demasiado, pero me gustan algunas de sus imágenes. Versos como por ejemplo: «Yo mismo seré muy pronto polvo; pero aún no». He usado una cita suya, de hecho, en mi más reciente —y todavía inédito— libro de poemas: «El hombre equivocado». Título que a su vez es una cita de Leonard Cohen: «Encerraron al hombre/ que quería gobernar el mundo;/ estúpidos/ encerraron al hombre equivocado».

Tendría que haberme traído conmigo el manuscrito, porque esta noche he quedado con mi editor para cenar. Pero éste es un viaje de trabajo, en realidad. Encajando la literatura en los huecos disponibles, como siempre.

Quién fuera rico. La gente interesante, leí hace poco no sé dónde, rara vez tiene dinero.

2

Solía encontrarme billetes de tren y de autobús entre las páginas de mis libros. De los libros que estaba leyendo, quiero decir. Ahora me suelo encontrar tarjetas de embarque para aviones. Sigo intentando decidir si a esto lo debería llamar progreso. Sabe Dios. Pero quién demonios sabe nada. Dejemos en paz a Dios.

3

Ocupan la mesa de enfrente de la mía. Un tipo de traje y corbata y una jovencita rubia. No parecen amantes, ni amigos, ni nada que pueda uno definir...

Cuando pienso en las vidas malgastadas. Las horas, los días, las semanas. Los meses, los años. Las vidas malgastadas...; los amores echados a perder.

4

Sentado en la sala de espera del Ministerio de Asuntos Exteriores, en Madrid. Estoy aquí haciendo un servicio de intérprete, pero no me necesitan. Una delegación neozelandesa está reunida con las autoridades españolas. La reunión la están haciendo en inglés.

Estoy aquí sentado fumando y hojeando un libro sobre España. *España de un vistazo*. Las fotos son una basura y al texto no hay por dónde echarle el guante. Me pregunto cuánto sacaron estos tipos; probablemente, un buen pastón.

Paso la página: un tren que cruza un puente. Al fondo se ven cumbres nevadas.

Y ahora se oyen pasos en el jol. El timbre del ascensor. Murmullos apagados que vienen y van. Se abre de pronto una puerta y me llega un jirón de conversación; alguien comentando algo relacionado con Tel-Aviv.

Creo que me voy a liar otro cigarro.

Darle a todo esto un par de vueltas más.

5

*—Para Pancho, mi viejo;
dondequiera que estés*

—Son los riñones —me explica el veterinario—. Y tiene también afectado el corazón.

Tengo al perro desde hace 12 años. El pronóstico no es bueno.

—Pierdes un perro —le digo—, y pierdes un pedazo de tu vida.

En la sala de espera, sentada en una silla, solloza una mujer. Le han dicho que a su perro lo van a tener que ingresar.

—Sí, lo sé —me dice el veterinario.

Alzo la vista. Leo lo que hay escrito en la esquina superior derecha de una radiografía que cuelga en la pared:

King: pastor alemán, 8 años, 11 meses. Se comió un cinturón. Está con cuadro gástrico. Posible cuerpo extraño en estómago.

6

Mente a cien. Otro subidón que se dispone a tocar techo y reventar. Lo hará en cualquier momento; y luego, de inmediato, sobrevendrá el bajón.

Tranquilo —conoces bien la maniobra. Un pie primero y otro después. Suelta el pedal. Para. Echa un vistazo a tu alrededor.

Ahora apaga las luces. Hazte un té. Líate un cigarro.

Siéntate. Siéntate y procura relajarte.

Dale un sorbo al té. Una calada al cigarrillo. Exhala. Los ojos cerrados, la cabeza para atrás.

Eso es. Eso está muy bien. No pasa nada. Estás mucho mejor.

Silencio.

El silencio es la clave.

Así. Eso es.

Eso está muy bien.

7

He reducido la medicación antidepresiva.
Tengo pensado eliminarla por completo.
Y por qué —se me dirá—, si te estaba
sirviendo de muleta.
Ésa es justamente la cuestión.
El dolor.
Se me estaba olvidando el dolor.

8

Para desarrollar su teoría de la relatividad,
Einstein se limitó a pensar en el universo.
Eso es lo único que de verdad es necesario
hacer. Sentarse y pensar.
Y pensar.
Y pensar.
Y pensar.
El mundo entero se estrella, hecho pedazos, a
tu alrededor.

9

La primera vez que abandoné una terapia, la
psicóloga que me estaba tratando se molestó.
—Hagas lo que hagas —me rogó—, que no te
dé por hacer turismo médico. Esto es muy serio. Por
favor.

El segundo psicólogo al que fui se puso
críptico.

—Después de cuarenta años de profesión —me
dijo—, sigue habiendo áreas de la mente de un
alcohólico en las que sé que no puedo penetrar.

El tercero era neuropsiquiatra; un forofo de los
fármacos.

—Todos tus problemas —proclamó, mientras
me extendía las recetas— son estrictamente clínicos, a
mi modo de ver.

El cuarto casi da en el clavo:

—Eres tú quien tiene que tomar sus propias
decisiones. Nadie más las puede tomar por ti.

Todo esto se ha ido desarrollando durante cerca
de dos décadas.

Ya no soy alcohólico. Alcohólico *en activo*.
Alcohólicos Anónimos, junto con mi propia voluntad,
consiguieron despachar ese problema. Pero las cosas,
de alguna manera, empeoraron en lugar de mejorar:
vuelta al punto de partida, sólo que con veinte años
más.

Me acuerdo muchas veces de aquella mujer. La
psicóloga, quiero decir.

Sigo de gira. O de turismo.

Tenía razón, esa psicóloga: la cosa es seria.
Más de lo que ella misma podía imaginar.

10

Verona. Ya estuve aquí otra vez. Hará un año y medio. En este mismo hotel. Tan imposiblemente enamorado, entonces, como ahora. Triste parodia de ironía: Verona, la ciudad de Romeo y de Julieta.

Lover, lover/ Lover, lover/ Lover, lover/ Lover, lover.../ Come back to me!

Esa vieja canción de LC.

Hace frío ahí fuera. Está oscuro. Lluve.

Aquí dentro también.

11

Estaba tumbado en la cama pensando en la muerte. En *cómo sería* morir. Cómo sería de verdad. Mi cadáver encontrado en un hotel, a cientos de kilómetros de cualquier persona que me conociera. Llevado a la morgue. Depositado en el mármol de una mesa y cortado lentamente en rebanadas. ¿Dónde estaría, entonces, el «yo» que llamo «yo»?

Mi mente se disoció de pronto de mi cuerpo y me vi a mí mismo, tumbado allí en la cama. Me han dicho que eso ocurre a veces cuando haces viajes de LSD. Nunca he hecho un viaje de LSD, así que no lo sé.

Me dormí pensando: «Se acabó, ya no me despierto. Mañana ya no me despierto. Estoy muerto. Final del camino. Se acabó».

Y heme aquí ahora.

Anotando todo esto en un cuaderno.

12

Pensando en la *pérdida*.

Mi mujer entra en la habitación para decirme lo bueno que estaba el pastel que me he traído de uno de mis viajes.

«Una pena, lo de esas otras cosas...»

Se refiere a una bolsa de artículos varios que me dejé olvidada en el aeropuerto.

Sonríó débilmente pero no me molesto en contestar.

13

Día de Navidad. Siete menos cuarto de la tarde. Suena el teléfono.

Tendrían que saberlo, me digo. Tendrían que dejarme en paz. Estoy leyendo a Laing. Pensando. Sufriendo una crisis de angustia.

Volviéndome majara.

Auscultando mi ansiedad.

—Teoría de juegos

No ese *ser*, por supuesto; no esa *persona*, de carne y hueso, vísceras y sangre, futuras aerofagias, menstruaciones, máscaras faciales y olores corporales, estúpidas jaquecas.

No esos futuros despertares junto al maldito monstruo del Dr. Frankenstein.

No, por supuesto.

Sino *el juego*.

La experiencia. El desvío que queda atrás en la autopista. El no poder volver atrás.

El nunca más.

Poe lo dijo: *¡Nunca más, nunca más, nunca más!*

Never. Ever. Nevermore.

Esta irreprimible necesidad de explicarme, y explicarme, y explicarme. Siempre explicarme. Es la soga con la que algún día me colgaré.

Neurótico obsesivo compulsivo montón de células emocionales enfermas.

Loco.

Carne de psiquiátrico.

Cuándo llegará el fin.

El silencio, de una vez.

—¿Oiga? Sí, mire, quisiera hablar con el señor Sartre, por favor.

—¿Quién me ha dicho, señor?

—Sartre. Salamanca – Alicante – Rafael – Tarragona – Ramón – España. Jean-Paul Sartre.

—Un momento, por favor.

—...

—¿Oiga?

—¿Sí?

—Vamos a ver. Jean-Paul Sartre. ¿Se refiere usted al escritor francés?

—Sí, sí. Eso es. El escritor y pensador francés.

—Lo siento, señor. Según nuestra base de datos, el señor Sartre murió en París en 1980.

—¿Cómo?

—El señor Sartre murió en París, en 1980. Abril de 1980.

—Pero... Bueno, sí, eso en realidad yo ya lo sabía. Pero había pensado...

—¿Señor?

—Yo había pensado...

—¿Desea hacer alguna otra consulta, señor?

—Yo...

—Muchas gracias por utilizar nuestros servicios. Le recordamos que para cualquier otra consulta o reclamación se puede dirigir a través de este mismo número a cualquiera de nuestros operadores, que están a su disposición de forma ininterrumpida y

en horario continuo todos los días del año. Buenas tardes, señor.

—Salamanca, Alicante, Tarragona... Salamanca, Rafael, Alicante... ¿Ramón? ¿España? ¿Rafael?

17

Mi mujer está al teléfono, reclamando unas facturas. Yo paso por la sala, de camino a la cocina.

—Oye —me dice—, me están diciendo que no les han llegado las facturas. Se deben de haber perdido en el correo.

—No me lo creo. Envío facturas continuamente. Las cosas no se pierden en el correo. No así como así. No dos cartas seguidas.

Mi mujer se vuelve hacia el auricular y le transmite mi información al contable. Parece ser que el contable no es un contable, sino una contable. Una chica joven. Está sustituyendo al otro.

El tipo de costumbre está en África, pasando tres meses de vacaciones.

Ahora mismo estamos en enero.

El tipo de costumbre tampoco es el contable. Es el jefe. Se trata de un negocio pequeño. Una pequeña editorial, especializada en libros de montaña. Mi mujer corrige pruebas para ellos, y les hace labores de edición. Siempre están al borde de la quiebra.

Pero el tipo éste se toma vacaciones de tres meses en África en pleno invierno.

Es evidente que algo falla en algún sitio. Probablemente ese algo sea yo.

La chica le ha vuelto a decir a mi mujer que no les han llegado las facturas. Le está diciendo que volvamos a facturar. Que enviemos una factura nueva, fechada el 2 de enero.

Yo me noto ya el cabreo. Levanto la voz.

—¡El IVA de esas facturas ya está pagado! ¡Lo he tenido que pagar! ¡Por adelantado! ¡Además de que ya están contabilizadas! ¡Ni de coña, vuelvo a facturar!

Esta vez no hace falta que mi mujer le transmita a la chica la información. Mis palabras le han llegado, alto y fuerte y claro.

Y de repente algo se dispara en mi cabeza y ya no sé ni qué demonios hago.

Mis gritos y alaridos deben de poder oírse en todo el edificio.

Y luego me sorprende en la cocina, inclinado sobre el fregadero, la cabeza echada hacia delante, intentando recuperar el aliento.

Un par de lágrimas me surcan suavemente el rostro.

Otro buen día que se pone en marcha mal.

Soñé que formaba parte de una banda de atracadores a la vieja usanza. Gente decente y con estilo.

Ocupábamos una vieja casa residencial en una zona suburbana, en un lugar que parecía un cruce entre los Estados Unidos e Inglaterra.

La casa era de planchas de madera pintadas de blanco.

En el patio ajardinado de delante de la casa teníamos un montón de cajas apiladas, cubiertas con amplias telas de lona y atadas con gruesas sogas pardas como las que se ven en los barcos de vela.

Llegó la policía. Eran agentes de película muda, con uniformes y cascos como los de los Keystone Cops.

Tuvimos que ahuecar el ala.

Más adelante, yo corría por un callejón entre casas rodeadas de cercas de madera. Me paré ante el porche de una casa cuya puerta de entrada estaba entreabierta.

Subí la escalinata del porche y penetré en la casa.

A un lado, en una minúscula habitación situada a la izquierda del pasillo que atravesaba la planta baja del inmueble, encontré un tocador con un pequeño espejo ovalado encima. En el tocador ardía una vela de cera roja.

Dibujos, fotos en blanco y negro y en color y reproducciones de cuadros arrancadas de revistas ilustradas cubrían la pared, colgados de chinchetas.

Sonaban canciones. Canciones divinas, de un *pathos* lacerante y angelical.

Me senté en una vieja mecedora y me lié un cigarrillo.

El sol se filtraba mansamente por las cortinas.

Sabía que la policía no tardaría en llegar. Sabía que sabían dónde estaba, y que no era cuestión más que de tiempo.

Me mecí en la silla, mientras apuraba el cigarrillo, y esperé.

A veces cuando me aburro pienso en maneras de morirme. Bueno, no necesariamente cuando me aburro. Esas ideas me vienen a veces. No es pensar en la muerte, sino en maneras concretas de morir.

Voy por un supermercado lleno de gente un viernes por la tarde, empujando el carrito, y me viene el flash: ¿y si me desplomo aquí mismo, entre toda esta marabunta de compradores, y me muero? Intento imaginar lo que haría esa chica de ahí delante, aquella mujer gorda de allí detrás, el hombre ése calvo y con gafas que examina ahora mismo un tarro de mermelada, alzándolo hacia la luz. Y los niños. Cómo reaccionarían los niños. Pensarían que era una broma, supongo.

Hay tantas maneras de morir. Están las de siempre: cáncer, infarto, pancreatitis, apéndice rupturado, embolismo pulmonar. Y las de origen traumatológico: accidentes de coche, despeñamientos, caídas del balcón mientras tiendes la ropa, o a causa de una tremenda borrachera. O cortado en pedazos por una máquina de segar. O tragarse un hueso de pollo y asfixiarse. O una herida mal curada. O un berrinche que te hace estallar una vena o te abre definitivamente la úlcera.

Todos nos vamos a morir. ¿Cuándo llegará el temido momento? No lo sé. Podría ocurrir aquí mismo, mientras escribo. O encendiendo una mañana un cigarrillo y abriendo las venecianas para que entre la luz del sol.

Me quedaría tirado probablemente en medio del suelo. Un hilillo de saliva, tal vez, colgándome de la comisura de la boca. Y la colilla, humeando en la alfombra. Creando un círculo negro y chamuscado a su alrededor.

20

Estas mañanas de primavera, muy temprano.

El cielo azotado por el viento. La lluvia reciente en los cristales.

Es como si el mundo no hubiera sido nombrado todavía; tiene que despertarse la ciudad para nombrarlo.

Y yo, mirarme en el espejo de estas líneas, para recordar mi rostro, encontrar palabras, respirar, volver a estar vivo.

21

Hace un calor *considerable*. Para que yo diga eso tiene que ser grave. Como atrapado en propia piel. ¿Metáfora del mundo, esta climatología? ¿A dónde escapar? «Comprarme un ático en Islandia y semi/retirarme», como dijo el poeta.

El otro día, en conversación con un amigo: «Quiero que me dejen en paz y dedicarme a lo que me tengo que dedicar». Vi esbozo de asombro en su cara —y en seguida vino su pregunta. Tenía razón. ¿Cómo que me dejen paz? ¿Quién? ¿Quiénes? Buenas preguntas. No lo sé. Me siento perseguido mientras persigo el minuto. Ese maldito minuto, que se escapa. La guerra todo el tiempo: tú en una dirección, el mundo en otra. Siempre, en todos los sentidos. Nada que hacer.

Viejo sueño, de hace décadas: gran finca o mansión o castillo en medio de ninguna parte. Rodeado de tierras en kilómetros y kilómetros a la redonda (siempre hay que contar con expropiaciones para autovías y demás). Jamás salir. No tele, no periódicos, no radio, no nada. ¿Un mayordomo? Quizás... Alguien al fin y al cabo tendría que hacer la compra.

No ocurrirá. Y el tiempo se acaba. El tiempo se acaba. Esta noche como metáfora (¿símil? ¿A es B o A es como B? Rizos de oro. Una mano como una tarántula) del apocalipsis: sirenas de camiones de bomberos cada cinco minutos, policía, ambulancias, coches derrapando. Y el calor. El calor. El calor.

22

—Hablas de Carmen Maura en un poema, y ya hoy hay gente que empieza a *no saber* quién es.

—¿Tú crees? Se pone una nota a pie de página.

—No es lo mismo. Imagínate leyendo a Séneca y que habla de un tal Salustiano, por ejemplo. Aunque haya nota, se pierde toda la significación temporal añadida.

—¿Significación temporal añadida? Que vayan a un videoclub y pillen las películas de Almodóvar. Esto es la Era Digital. Ya sabes: botón de *replay*.

—Quizás...

—Soy consciente, en cualquier caso. Se lo dije a Abelardo Linares una vez.

—¿El qué?

—Hablando un día por teléfono. Le dije: «Tengo la sensación de que mi mercancía es perecedera».

—¿Ah, sí? ¿Y qué te dijo?

—Me dijo: «Todo es mercancía perecedera. Y cuando estemos muertos ninguno de nosotros se va a enterar».

23

El endemoniado niño jugando con el perro en el salón. «Tendría que decirle —pienso— que deje de hacer eso. Las uñas del perro van a arañar el parque». Aparte, por supuesto, de que me está poniendo la chola como un bombo (como ayer, partido Galway-Donnegal a toda pastilla por la radio mientras comíamos en Kitty O'Shea's, en Alcalá —desquiciante acento irlandés como jeringazo de plomo líquido en el cerebro. Hológrafo, probablemente apócrifo, de Joyce en la pared; pero eso a quién coño le importa). Pero no es mío el mocosito, es de mi hermana. Once años desde que la vi por última vez. El crío me está tocando seriamente los riñones. Pero recuerdo de niño a los mayores, con su plastazo-cantinel: NO. NO. NO. Así que no le digo nada.

Luego —esta tarde— puto parqué lleno de arañazos y echado a perder. Nunca puede uno ser bueno; al final siempre se paga.

24

El miedo llega siempre con el primer cigarrillo del día. ¿Psicosomático o propiamente físico? No lo sé. Se insinúa como una atroz corazonada: ALGO TREMENDO VA A OCURRIR.

Bebo una taza de té tras otra —leche y azúcar, a la inglesa— mientras leo algún párrafo de Burroughs:

«Páginas y páginas que no contienen nada: el escritor no ha estado en ninguna parte y no se ha traído nada con él. Los falsos arranques, el breve entusiasmo. Libros que murieron por falta de motivos para seguir vivos después de diez páginas...».

Y luego, más abajo:

«*No quiero escribir esto*».

La cursiva la he puesto yo.

25

La una de la mañana. Salamanca. Acaban de apagar los focos que iluminaban la catedral. Pienso en Baudelaire: *À une heure du matin...*

¿Qué hubiera dicho Baudelaire? Abro la ventana de mi habitación de hotel; los gorjeos de decenas de ocultos estorninos invaden como un espectro sonoro la noche.

Fumando en el alféizar, con todas las bombillas atenuadas, contemplo los viejos tejados de la urbe y considero este momento.

26

—¡Esas ínfulas de *caballero inglés* que tanto te gusta darte!

—No me las doy. *Soy un caballero inglés*. Y a ti te encanta que lo sea.

Se vuelve hacia mí con una sonrisa dibujada en los labios; unos labios levemente humedecidos, entreabiertos, que dejan ver un par de casi perfectos incisivos y me recuerdan —Dios sabrá de dónde salen ciertas cosas— una descripción caracterológica de Erich Fromm.

27

Conversando con mi psiquiatra. Conversar quizá no sea la palabra, porque mi nivel de irritabilidad roza límites de alarma roja. Se lo veo de hecho al tío hasta en la cara; y eso que para incomodar a mi analista hay que madrugar bastante.

Le hablo de mi generalizada mala hostia.

—¿Y en qué se manifiesta?

—Bueno. Todo el mundo me parece gilipollas...

—¡Eso no es irritabilidad! ¡Eso es clarividencia!

Y nos partimos el pecho como dos majaras, que es al fin y al cabo lo que somos, mientras saco un montecristo del 5 del bolsillo de la chaqueta y se lo

tiendo, eufórico a la chunga luz de epifanías que se me encienden y apagan por la chola como las bombillas averiadas de un bendito árbol de Navidad.

28

La pena. El absurdo de todo esto. El sinsentido.

La película no cesa. Las imágenes no dejan nunca de pasar. Son como coches de noche en la autopista. *Las cosas, maese Shallow, que hemos visto...*

Retazos continuos, como ese otro de Lou Reed: «Todas esas cosas que llegaste a hacer/ odiando en cada instante lo que hacías...».

Y otro más: «La ciudad es un lugar extraño;/ algo así como un circo o una alcantarilla...».

La pena. El absurdo de todo esto. El sinsentido.

Horas derrochadas, días quemados, vidas arrojadas al contenedor.

Hoy mismo, lavándome los dientes: «Por mi mala cabeza/ un día me puse a escribir;/ otros por mucho menos/ se hacen guardia civil».

Los únicos versos de José Agustín Goytisolo que me sé.

Y Goytisolo también muerto, estrellado una buena mañana contra el hormigón.

Retazos salidos de ninguna parte, de camino al vacío otra vez.

29

Sólo una cosa me interesa últimamente: meterme en la cama. Y ni siquiera eso, porque el esfuerzo de meterme en la cama es demasiado grande; lo que quiero es *estar en la cama*. Y no moverme de ahí.

Debe de ser la depresión, pero es curioso: no me siento deprimido. Creo que he caído tan bajo que he roto el fondo, y ahora floto en el vacío.

Por otra parte, leo patológicamente. La lectura como huida hacia delante. Me estoy metiendo entre pecho y espalda a todo Galdós. Menudo pedazo de bestia parda, el menda. «Uno de los secretos literarios españoles mejor guardados», decía de él un reseñista anglosajón, hablando de una de las raras obras de don Benito que están traducidas al inglés. Sí, y no sólo en el extranjero, es un secreto. También aquí, diría yo.

En fin. Llevando el *kali yuga* como podemos. Mientras las bombas de los hijos del alfanje estallan a nuestro alrededor como hipertrofiados champiñones salidos del infierno. Tiempos oscuros, me comentaba un ex editor en una breve epístola electrónica el otro día. Pero qué carajo. Cualquiera mañana de éstas sale el sol y aquí nos ves a todos, devanándonos los sesos pensando en qué escribir.

Los animales.

¿Quién les va a dar vela en este entierro?
Porque el entierro es el suyo, más si cabe que el de nadie.

Su casa es la que se está desmoronando.

Hay pensadores —son pocos, pero alguno hay— que ya se plantean seriamente la igualdad literal entre animales y humanos; y en algunos casos (los delfines, por ejemplo; ciertos primates) su manifiesta superioridad, no sólo física, sino intelectual, cuando se les compara con el lamentable bípedo implume medio.

No hablo de lunáticos francotiradores marginales, sino de pensadores de relativo peso específico; de académicos supuestamente tenidos en cuenta.

Han llegado tarde. Yo —si se me permite la inmodestia— se lo podría haber dicho hace mucho tiempo.

Pienso en el tigre de Blake; en el «último lobo de Inglaterra» del poema aquel de Borges, de *Los conjurados*.

Es todo de una tristeza infinita.

A la guerra deberíamos darle la bienvenida, pero no matará ni por asomo a suficientes; y encima devastará todavía más lo poco que hemos dejado en pie de nuestro entorno natural.

Jeffers lo decía: «Quinientos años de invierno, y tumbas de morada».

Quinientos, mil, mil quinientos años de invierno; la eternidad entera, de destierro y congelación, para esta odiosa humanidad.

Una uña, qué estoy diciendo una uña, *un simple pelo* de cualquiera de mis perros vale más que toda nuestra especie.

Quisiera seguir, pero el lenguaje se me troncha. Y los escupitajos no se pueden imprimir.

Gijón: metáfora del odio, de la tirria, el cutrerío, los platos combinados de tortilla rancia y croquetas congeladas, el paletismo en estado puro o más bien impuro, el asco, el tedio, la mezquindad, el quiero y no puedo, el grandonismo imbécil, la pequeñez mental.

CCP, encabezaba yo mis cartas desde allí: Capital Cutre del Planeta.

La odié durante nueve inacabables años. La odio aún. Y de vez en cuando vuelvo todavía, para mantener fresco mi odio y revivirlo.

No es bueno olvidar las lecciones que nos da el horror.

A Baudelaire se le quedó en el tintero un libro, *¡Pobre Bélgica!*; a mí se me quedará un volumen que le haga los honores inversos a Gijón.

Nunca le haría los honores, ni diestros ni siniestros, a semejante hijo de puto lugar.

Son las 22.56. Madrid está en calma, ahí fuera. No se oye un sonido en todo el edificio, excepto el leve ruido, aquí dentro, de las yemas de mis dedos sobre el teclado. Y la música a bajísimo volumen que fluye de mi pequeña radio de sobremesa. Se trata de un *rap* dedicado a Richard Wagner. Un negro de Harlem declama en inglés: «Nadie te entendió, tío; nadie te entendió como te entiendo yo...». La cosa es *literalmente alucinante*. No encuentro otra manera de expresarlo.

Pero en cuanto pueda lo voy a intentar.

*Encontrarás links sobre Roger Wolfe en
www.microrelatos.com*